

Literatura: teoría, historia, crítica 6 (2004): 221-233

De la histeria a la neurastenia (Quental y Pessoa)

From Hysteria to Neurasthenia (Quental and Pessoa)

Jerónimo Pizarro Jaramillo
Harvard University

Histérico, señora, he aquí la gran palabra del día.
Maupassant. “Une femme”. Chroniques (1882)

El famoso autodiagnóstico de Fernando Pessoa (“soy un hístero-neurasténico”) ha dado más bien poco de que hablar. Éste permite, sin embargo, profundizar en algunos nexos entre literatura y medicina en Portugal, hacia finales del siglo XIX y principios del pasado, y observar la presencia conflictiva de dos enfermedades nerviosas: la histeria y la neurastenia. A Antero de Quental, el otro gran poeta portugués moderno, se le diagnosticaron las dos enfermedades y representa un precedente importante.

Palabras claves: Antero de Quental ; Fernando Pessoa ; Histeria ; Neurastenia ; Literatura ; Medicina.

Fernando Pessoa’s famous self-diagnosis (“I am a hysteroneurasthenic”) has not been very much discussed. It allows us, however, to study some relationships between medicine and literature in Portugal at the end of the XIXth and beginning of the XXth centuries; one can also discuss the conflicting presence of two nervous disorders, i.e., hysteria and neurasthenia. The other great modern Portuguese poet, Antero de Quental, was diagnosed with both disorders and represents an important precedent.

Key words: Antero de Quental ; Fernando Pessoa ; Hysteria ; Neurasthenia ; Literature ; Medicine.

• Primera versión recibida: 17/02/2004; última versión aceptada: 26/08/2004.

Desde una óptica que tiene a Francia por centro del universo social o literario, se suele llamar al siglo XIX —y sobre todo a las últimas décadas— la edad de oro de la histeria. Es cierto que muchos escritores crearon personajes, familias y linajes enteros de histéricos (o mejor, de histéricas) y que no sólo Zola, que escribió las veinte novelas que constituyen el ciclo *Rougon-Macquart* (1871-1893), sino también muchos otros novelistas se ocuparon de retratar esta *maladie du siècle* que fue la histeria. Varios de estos artistas, como los Goncourt, Zola, o Huysmans, entre otros, asistieron además a la Salpêtrière, ese asilo y laboratorio de enfermedades nerviosas donde Charcot impartió sus lecciones clínicas a partir de 1866. Los vínculos entre medicina y literatura se han estudiado mucho en Francia —y sobre todo en Francia o por causa de la literatura francesa— y en este contexto el naturalismo es tal vez la corriente más estudiada. Antes que Breton y Aragon hicieran su proclama esteticista: “la histeria es el mayor descubrimiento poético de finales del siglo XIX” (20), ya muchas mujeres histéricas habían sido inmortalizadas por el arte (o mejor, por escritores hombres) e, incluso, algunos médicos habían hecho sus pinitos como novelistas o dramaturgos (Carroy 1990; Carroy-Thirard 1982).

Aquí, con el título “De la histeria a la neurastenia” quisiera pasar de lo primero a lo segundo y proponer un desplazamiento. Esto es necesario para dar mayor visibilidad a la otra gran invención del siglo XIX —la neurastenia— y, sobre todo, para poder captar mejor el discurso médico que influyó en algunos autores portugueses. Escapando al brillo de la histeria, que está asociado al brillo de la literatura francesa, tal vez sea posible abrir el repertorio crítico y rastrear los vínculos entre la literatura y la medicina en otros textos de finales del siglo XIX y principios del XX. Si la histeria tiene un pasado europeo, la neurastenia, por el contrario, fue difundida en Estados Unidos por George Beard y bautizada como *the American nervousness*.¹

¹ Beard se encargó de difundir la neurastenia como diagnóstico, aunque no fue quien acuñó el término, como creyó erradamente (1869). Éste

Esta enfermedad se tuvo, pues, por un agotamiento debido al progreso de la “civilización” norteamericana, y sólo más tarde se hizo extensiva a otras latitudes. Por eso es notable su aparición en Portugal y en otros países de Europa (Gijswijt-Hofstra y Porter, 2001), contra la cultura dominante de la histeria y el apostolado de los médicos franceses. En el caso de Portugal, por lo demás, no se puede dejar de advertir una coincidencia histórica: la apropiación de “la enfermedad de Beard” —como fue conocida la neurastenia— ocurrió simultáneamente con la preocupación de muchos intelectuales por la decadencia nacional. Recuperar la neurastenia, más allá de la histeria, es ahondar en una historia que no se puede aislar de los fenómenos sociales y que permite comprender una realidad que no es sólo médica o literaria.

El texto que sigue es parte de un estudio más largo y que todavía está en curso. La primera de estas notas se refiere a Antero de Quental, que pasó primero por histérico y después por neurasténico, y cuyo ejemplo sirve de bisagra entre las dos enfermedades; y la segunda a Fernando Pessoa, que se definió como hístero-neurasténico (síntesis de ambas) al considerar el origen psiquiátrico de sus heterónimos.

* * *

Mezcla infeliz de noche y de brillo,
soy tal vez Satanás; — tal vez un hijo
bastardo de Jehová — tal vez nadie.

Antero de Quental. “Homo”

En su ensayo titulado “Los dos Anteros” (¿1929?), el ensayista y pedagogo portugués António Sérgio distingue un Antero apolíneo y viril, y otro nocturno y débil. De un enardecido y jubiloso joven revolucionario (en poesía, con las *Odes Modernas*)

ya habría aparecido en un glosario inglés y en el artículo de Edwin H. Van Deusen, “Observations on a Form of Nervous Prostration (Neurasthenia) culminating in Insanity”, publicado en *The American Journal of Insanity* (1869).

J. Pizarro, De la histeria a la neurastenia...

nas; en política, con las Conferencias Democráticas), el poeta azoriano se habría dejado abatir por una enfermedad nerviosa, como lo cuenta él mismo en su famosa carta autobiográfica de mayo de 1887:

En ese mismo año de 1874 desfallecí muy gravemente, con una enfermedad nerviosa de la cual nunca más me pude recuperar completamente.² La inactividad forzosa, la perspectiva de la muerte próxima, la ruina de muchos proyectos ambiciosos y una cierta acuciosidad de sentimientos, propios de la neurosis, me colocaron de nuevo y con más urgencia que nunca, delante del gran problema de la existencia. Mi antigua vida me pareció vana y la existencia en general incomprensible. (Quental Vol. 2, 837)

La visión dualista de Sérgio, cuya línea divisoria sería el año de 1874, es la que ha sido seguida, de manera más o menos matizada, por otros críticos al abordar la vida y obra de Antero. El problema principal de esta imagen, si se examina con cuidado, es que, fundamentalmente, es la imagen de un ser patológico. Sérgio habla de “dos personajes incompatibles” (1934, 153), que halarían al poeta en direcciones opuestas.

En el discurso médico de la época, aunque por razones diferentes, Antero también surgía como un ser dividido. La histeria creaba ya una primera escisión, pues pasaba por una enfermedad principalmente femenina, pero que se comenzaba a diagnosticar también en los hombres. Cuando en 1877 Antero de Quental visitó a Charcot, “el primer hombre de Francia para las enfermedades nerviosas”, éste evaluó su caso y le respondió al poeta: “nos hemos equivocado; usted no tiene nada en la espina: usted tiene una enfermedad de mujer, transpuesta en un cuerpo de hombre: es el histerismo” (Quental Vol. 1, 378).

² La enfermedad nerviosa de Antero puede haber sido una abulia exacerbada por problemas digestivos o un “trastorno ciclotímico” (Moita Flores 1991).

La contradicción de éste —como la de otros diagnósticos afines— radica en el hecho de que los médicos buscaban, como explica Foucault, descifrar el “sexo verdadero” (Barbin viii), pero al atribuir a un hombre una enfermedad femenina —sin romper con la diferenciación— producían un diagnóstico equívoco y ambivalente.

Sin extender más estas consideraciones, lo que conviene advertir ahora es que en Portugal, a pesar de la popularidad de la histeria en Francia (a la que no escapó Freud, que fue alumno de Charcot), algunos médicos optaron no por este diagnóstico, sino por un diagnóstico que se divulgó poco después: el de la neurastenia.

Mientras la histeria venía del griego *hysterikos* (de *hystera*, útero o matriz), la neurastenia era sólo una astenia (del griego *astheneia*, de *asthenes*, debilidad) de los nervios y podía asociarse más fácilmente al sexo masculino.

Así, cuando Antero regresa a Portugal, después de dos temporadas (julio a octubre de 1877; junio a octubre de 1878) en un establecimiento de hidroterapia cerca de París, el diagnóstico cambia. Primero había sido tratado como un histérico, tanto en el archipiélago de las Azores y en la capital continental Lisboa, como en París; después comenzó a ser tratado como neurasténico.

En su controvertida “Nosografía de Antero” (1894), Sousa Martins, que era más un médico general que un alienista, escribe:

Cuando la enfermedad de Antero ganó *forma*, ella era anónima o mejor polinómica en la ciencia.

Confundida con las especies más afines, unos la denominaban *nerviosismo*, otros *neurosis proteiforme*, éstos *histerismo*, aquéllos *histericismo*, cuál le decía *vapores*, cuál la apodaba *caquexia neriosa*; y muchos, otros títulos le atribuían. Lo cierto es que nombre legítimo no tenía, por la buena razón de faltarle identidad. Sólo cuando ésta le fue determinada por el médico americano Beard es que la nosología la tuvo como la especie definida y aceptó las dos denominaciones propuestas en 1880 por ese médico: *nervous*

exhaustion y *neurasthenia*; prevaleciendo la última, gracias a su sabor helénico. (253)

Gracias a las cartas de Antero se sabe que fue Charcot, el gran gurú de la histeria en el siglo XIX, quien le diagnóstico un “nerviosismo proteiforme” (Quental Vol 1, 382), es decir, protéico, atributo típico de la histeria en general. El libro de Beard, al que Sousa Martins alude, es *A Practical Treatise on Nervous Exhaustion (Neurasthenia): its Symptoms, Nature, Sequences, Treatment* (1880).

El discurso de la neurastenia también es un discurso misógino, pero no hay un órgano único o discernible, como el útero, al cual responsabilizar de los síntomas. En su nosografía, influida por la lectura de Beard, Sousa Martins va tan lejos en la división que traza por el género que, por ejemplo, “masculino” se asocia con el intelecto “septentrional” y “femenino” con la sensibilidad “meridional” de Antero. Por eso habla del filósofo de “alma ancestralmente escandinava” (250) y del poeta de “temperamento maternalmente histérico” (279).³

Lo que interesa reiterar, en suma, es que el doble Antero esbozado por Sérgio es un ser patológico, pues corresponde a una visión dualista (salud, enfermedad; luz, sombra; grandeza, decadencia; etc.), que la idea de los tipos mórbidos refuerza. Por otra parte, cabe destacar el hecho significativo de ser el diagnóstico de Antero, el gran poeta del siglo XIX en Portugal, el antecedente más importante de la “auto-interpretación” de Pessoa, el gran poeta del siglo XX.⁴

³ Portugal, y en particular las islas Azores, se volvían así un nicho privilegiado de hístero-neurasténicos, como si al sur de Europa o en la *finisterra* no pudiera arraigar ningún pensamiento. Así como en estas tierras no predominaría la inclinación hacia el trabajo, al parecer sus habitantes tampoco podrían realizar un esfuerzo prolongado sin quedar exhaustos (*nervous exhaustion*). Este tema fue recurrente en España y Portugal al pensar la decadencia nacional. Sobre las explicaciones que se han aventurado para el “excesivo predominio de las manifestaciones del espíritu emotivo sobre el analítico, en particular el científico”, en la Península Ibérica, véase Almeida (1992).

⁴ La visión patológica que recae sobre Antero reproduce la de un país “decadente” que sería “una promesa que no se cumplió” (Sérgio 1928, 19). Por eso su muerte será también un sacrificio, al menos desde el punto

* * *

¡Histeria de las sensaciones – ora éstas, ora las opuestas!

Álvaro de Campos. “Ode Marítima”

En la siempre citada carta a Casais Monteiro, fechada el 13 de enero de 1935, que suele ser un buen punto de partida, Pessoa escribe:

Comienzo por la parte psiquiátrica. El origen de mis heterónimos es el hondo trazo de histeria que existe en mí. No sé si soy simplemente histérico, si soy, más propiamente, un hístero-neurasténico. Me inclino hacia esta segunda posibilidad, porque hay en mí fenómenos de abulia que la histeria, propiamente dicha, no encuadra en el registro de sus síntomas. Sea como sea, el origen mental de mis heterónimos está en mi tendencia orgánica y constante para la despersonalización y para la simulación. Estos fenómenos —felizmente para mí y para los otros— se mentalizaron en mí: quiero decir, no se manifiestan en mi vida práctica, exterior y de contacto con los otros; hacen explosión hacia adentro y los vivo yo a solas conmigo. Si yo fuera mujer —en la mujer los fenómenos histéricos estallan en ataques y cosas parecidas—, cada poema de Álvaro de Campos (el más histéricamente histérico de mí) sería una alarma para la vecindad. Pero soy hombre —y en los hombres la histeria asume principalmente aspectos mentales; así todo acaba en silencio y poesía . . . (Pessoa 1999, 340-341) [Traducción mía]

La carta es de 1935, lo que hace que Pessoa sea uno de los últimos escritores en referirse a la neurastenia, descubierta (¿o inventada?) en América del Norte casi setenta años antes. Es posible que supiera de ella por las traducciones francesas y por

de vista de una mentalidad ilustrada y modernizadora, que desea superar ciertas contradicciones sin reconocerlas o comprenderlas del todo.

los libros de algunos epígonos franceses, pero, incluso así, cuando comienza a referirse a “la enfermedad de Beard” a principios del siglo XX, ella es menos una novedad que un objeto de discusión. La carta sobre la génesis de los heterónimos demuestra, probablemente, que Pessoa dejó de leer muy pronto o, por lo menos, con la misma asiduidad de los primeros años, las “ciencias médicas” de finales del siglo XIX y comienzos del XX, pero continuó fiel a algunas de sus tipologías.

Lo que deseo rescatar ahora, sin embargo, es esa preciosa indicación de Pessoa cuando dice: “Campos, el más histéricamente histérico de mí . . .”

¿Quién es Campos? Campos es el poeta de los ismos, de los arrebatos, de la violencia masoquista (en la “Oda triunfal” y la “Oda marítima”),⁵ de los nervios y las máquinas modernas, que tras su explosión vanguardista da paso al escritor del alto modernismo.

Este Campos, por el cual Pessoa se desdobra en varias máscaras, y cuyo Maestro, Caeiro (como el padre de Pessoa) habría muerto de tuberculosis, este Campos, como se dijo, era “un tipo vagamente de judío portugués” un poco dandy, que habría viajado al Oriente y escrito un poema decadentista: el “Opiario”. Si estos datos no nos pusieran en alerta —las taras de que eran culpados los judíos, el vagabundeo, el viaje... ¡y al Oriente!, que eran elementos que servían para trazar cuadros mórbidos en el siglo XIX—, bastaría leer la obra de Campos para descubrir otros rasgos que hacen del ingeniero, educado en Escocia, una de las poquísimas figuraciones de un hombre histérico en la literatura portuguesa.⁶

Pero, ¿cuál es la relación del histerismo de Campos con la histero-neurastenia de Pessoa? A primera vista, es una rela-

⁵ Para un análisis de esta odas y otros textos de contenido homoerótico en la obra pessoana, véase Fernando Arenas (2002). Sobre algunos puntos de contacto entre masoquismo y decadentismo en la literatura francesa finisecular, véase el tercer capítulo del libro de Frédéric Monneyron, *L'androgynie décadent. Mythe, figure, fantasmes*, titulado “Sexualité et androgynie” (1996).

⁶ Véase, a propósito de la histeria masculina, los textos de Charcot (1984) editados por M. Ouerd.

ción negativa. Al caracterizar a Campos, Pessoa lo distingue de sí mismo, así como en otros textos distingue a ciertos autores (Shakespeare, Goethe, por ejemplo) según predomine en ellos un rasgo histérico, epiléptico o neurasténico. Pessoa sería hístero-neurasténico, pero al escribir como Campos potenciaría sólo su histerismo. Como Bernardo Soares, que sería una “mutilación” de la personalidad total de Pessoa, o como el ortónimo (de *Mensagem*) que sería sólo una “faceta” de ella, Campos sería una “sub-personalidad”, por no tener, precisamente, un trazo neurasténico... ¿Y qué representaba, para Pessoa, tener ese trazo caracterológico?

Para responder esta pregunta quiero llamar la atención sobre dos textos inéditos del *Espólio* pessoano. Ambos se construyen sobre divisiones tripartitas. En el primero se lee: “la epilepsia favorece a los hombres dotados para la acción, la histeria a los dotados para la emoción, los estados neurasténicos a los dotados para el pensamiento”; en el segundo, que es una variación del primero, se lee: “El hist[erismo] es básicamente *emotivo*. | La e[pilepsia] es básicamente *impulsiva*. | La n[eurastenia] es básicamente *intelectual* [? reflexiva]”.⁷ Esto evoca lo que Pessoa escribe, en otros lugares, sobre los diversos tipos de sensaciones y los diferentes grados de despersonalización dramática.

Si se aceptan estas jerarquías, la neurastenia pessoana no sería en rigor el agotamiento nervioso de Antero, que él define como abulia, o un cambio brusco de los estados de ánimo. Sería, más bien, la garantía de una capacidad de autodominio mental. Al describir a los “dos Anteros”, Sérgio decía que uno de ellos tenía a la “disolución enferma de la personalidad”, mientras el otro al autodominio y a la “concentración de la personalidad” (Sérgio 1934, 154). Y es curioso que Pessoa, a pesar de aprovechar la neurastenia como un subterfugio o una fortaleza contra la histeria, constata (¿con cierta aprensión?) en los mismos papeles inéditos: “el poeta *intelectual*

⁷ Traduzco pasajes de los documentos con signaturas 134A-10 y 134A-19, respectivamente.

tiene siempre tendencia al misticismo”, y entre paréntesis escribe: “Antero”. No sobra recordar que este poeta intelectual era también Fernando Pessoa, que se identifica, entonces, con Antero. Pero es este último paralelo el que hace posible observar, en otro nivel, un presupuesto de la carta: era por no ser mujer y para poder mantener el control, que Pessoa pretendía que nada pasaba de silencio y poesía...

Lo que, en última instancia, se desprende del fragmento citado de la carta es lo que Pessoa buscaba conjurar: el miedo de ser “una alarma para la vecindad” y de no reprimir su temperamento femenino. Como se sabe, Pessoa se definió como “un temperamento femenino con una inteligencia masculina”.⁸ Y teniendo en cuenta que Campos es ese lado más femenino de Pessoa, es posible releer, por ejemplo, la “Salutación a Walt Whitman” u otros poemas de claro contenido homoerótico.⁹ Mucho más se podría decir de la sexualidad de Campos y de la relación de ésta con la histeria... Pero esto merecería ser considerado aparte. Lo cierto es que las cuestiones de género no pueden ser olvidadas al estudiar las alusiones a ciertas enfermedades, que hacían vacilar en la atribución de los síntomas según el sexo del paciente, y que el “drama en gente”

⁸ “No encuentro dificultad en definirme: soy un temperamento femenino con una inteligencia masculina . . . En cuanto a la sensibilidad, cuando digo que siempre me gustó ser amado, y nunca amar, lo he dicho todo . . . Me agradaba la pasividad . . . Reconozco sin ilusión la naturaleza del fenómeno. Es una ligera [*fruste*] inversión sexual. Pero en el espíritu. Sin embargo, en los momentos de meditación sobre mí, siempre me preocupó, nunca estuve seguro, ni lo estoy aún, de que esa disposición del temperamento no pudiera un día bajar hasta mi cuerpo. No digo que practicara entonces la sexualidad correspondiente a ese impulso, pero bastaba el deseo para humillarme” (2003, 186). En las comunicaciones mediúmnicas de Pessoa (1916-1917) recientemente publicadas, que se presentan como una especie de diálogo automático con el más allá, y que él vería más tarde como fruto de la hísterico-neurastenia y de la autosugestión, se lee que la mujer que le hará perder la castidad a Pessoa “es una muchacha del tipo masculino . . . fuerte e inmensamente masculina en su fuerza de voluntad y en su modo de someterte a ella” (2003, 227).

⁹ A este respecto véanse Fernando Arenas (2002) y Richard Zenith (2002). Sobre la sexualidad de Pessoa hay un artículo reciente, también de Richard Zenith (2004).

pessoano puede ser visto como una parábola de la soberanía o de la pérdida del poder absoluto.

* * *

Para redondear: aunque la neurastenia fuera, según Beard, una enfermedad americana por excelencia,¹⁰ ella se expandió por diversas partes de Europa y complicó el cuadro, ya de por sí heterogéneo, de la histeria. *The American nervousness*, el nerviosismo americano, se volvió también una enfermedad europea, por decirlo así, y por ello es importante dedicarle una mayor atención crítica de la que ha recibido hasta ahora, y más allá del ámbito médico.

A diferencia de la histeria, que tenía un carácter más histriónico y confinaba muchas veces con la locura, la neurastenia apuntaba a un simple (o más básico) agotamiento nervioso, fruto de la civilización y del progreso. Esto, sumado al hecho de que la neurastenia tiene una sintomatología más compartida por hombres y mujeres, sirvió para superar el *impasse* de la histeria que seguía siendo considerada una enfermedad principalmente femenina.

El diagnóstico sobre la patología sufrida por Antero fue el producto de una visión dualista, sostenida por médicos y críticos como Sousa Martins o António Sérgio, que establecieron un antes y un después de la enfermedad nerviosa. En el caso de Antero, como en el de Pessoa, es necesario superar esta visión reduccionista, pues no se trata de optar entre los “dos Anteros” o entre los varios Pessoas, ni de caer en una explicación mecánica, reiterando una especie de automatismo psíquico o de predisposición mórbida.

La opinión de Sousa Martins, a saber, que la neurastenia permitió nombrar lo que en la ciencia no tenía aún “nombre

¹⁰ La neurastenia brotaba, según Beard, “en comunidades intelectuales y civilizadas . . . en compensación parcial por nuestro refinamiento y nuestro progreso” (1869, 217). Aunque fuera un mal, la neurastenia era lo que permitía a la sociedad, agotada por el ritmo del progreso, mantenerse a flote. O por lo menos crear unas defensas que estaban vetadas a los individuos más “fuertes” y “musculares”.

legítimo”, prueba que el diagnóstico de “neurastenia” amenazó con desplazar al de “histeria”. Sea por éste o por otros motivos, lo cierto es que “Nosografía” de Sousa Martins es memorable sobre todo por haber “corregido” el diagnóstico de Antero y por haber recurrido a una autoridad americana —y no francesa— para modificarlo.

Pessoa vivió lo que se podría llamar la decadencia de la época áurea de la histeria y se vio confrontado no sólo con ésta, sino también con la neurastenia, que acabó por complementarla pero no la sustituyó. De ahí el afán (algo misógino) por distinguir los que serían rasgos histéricos de los neurasténicos; intento éste que le permitió también describir —en la ficción del drama en gente— un lado más femenino (o histérico) y otro más masculino (o neurasténico).

Obras citadas

- Almeida, Onésimo Teotónio. “Sant’Anna Dionísio e a não-cooperação da inteligência ibérica na criação da ciência – Uma revisitação”. *História e Desenvolvimento da Ciência em Portugal no Séc. XX*. Vol. 3. Lisboa: Academia de Ciências de Lisboa, 1992. 1707-1731.
- Arenas, Fernando. “Fernando Pessoa: o drama homoerótico”. *Gragoatá* 12 (2002): 197-201.
- Barbin, Herculine. *Herculine Barbin: Being the Recently Discovered Memoirs of a Nineteenth-Century French Hermaphrodite*. Introducción de Michel Foucault, traducción de Richard McDougall. New York: Pantheon, 1980.
- Beard, George M. “Neurasthenia, or Nervous Exhaustion”. *Boston Medical and Surgical Journal* 80, 2148 (1869): 217-221.
- _____. *A Practical Treatise on Nervous Exhaustion (Neurasthenia), Its Symptoms, Nature, Sequences, Treatment*. Ed. A. D. Rockwell. New York: E. B. Treat, 1905. Rep. en New York: Kraus Reprint, 1971.
- Breton, André y Aragon, Louis. “Le Cinquantenaire de l’hystérie (1878-1928)”. *La Révolution Surréaliste* 11 (1928): 20-22.
- Carroy-Thirard, Jacqueline. “Figures de femmes hystériques dans la psychiatrie française au 19^e siècle”. *Psychanalyse à l'université* 4 (1979): 313-324.

- _____. “Dédoublements: L’énigmatique récit d’un docteur inconnu”. *Nouvelle Revue de Psychanalyse* 42 (1990) : 151-171.
- Charcot, Jean Martin. *Lesons sur l'hystérie virile*. Ed. Michèle Ouerd. Paris: Sycomore, 1984.
- Gijswijt-Hofstra, Marijke y Roy Porter (eds.). *Cultures of Neurasthenia from Beard to the First World War*. Amsterdam/New York: Rodopi, 2001.
- Martins, Sousa. “Nosografía de Antero”. *In Memoriam*. Edición facsimilada [1896]. Introducción de Ana Maria Almeida Martins. Lisboa: Ed. Presença/Casa dos Açores, 1993. 218-314.
- Moita Flores, Francisco. “As mortes de Antero de Quental: ‘Autópsia de um Suicídio’”. *Revista de História das Ideias* 13 (1991): 283-359.
- Monneyron, Frédéric. *L'androgyne décadent. Mythe, figure, fantasmes*. Grenoble: Ellug, 1996.
- Pessoa, Fernando. *Páginas Íntimas e de Auto-Interpretação*. Eds. G. R. Lind y J. do Prado Coelho. Lisboa: Ática, 1966.
- _____. *Correspondência 1923-1935*. Ed. Manuela Parreira da Silva. Lisboa: Assírio & Alvim, 1999.
- _____. *Poesia de Álvaro de Campos*. Ed. Teresa Rita Lopes. Lisboa: Assírio & Alvim, 2002.
- _____. *Escritos Autobiográficos, automáticos e de reflexão pessoal*. Ed. Richard Zenith. Lisboa: Assírio & Alvim, 2003.
- Quental, Antero de. *Cartas*. Ed. Ana Maria Almeida Martins. Lisboa: Comunicação. 2 vols. 1989.
- Sérgio, António. “O Reino cadaveroso ou o problema da cultura em Portugal”. Vol 2. *Ensaios*. Lisboa: Tip. Seara Nova, 1928. 17-65.
- _____. “Os dois Anteros (o luminoso e o nocturno)”. *Ensaios*. Vol. 4. Lisboa: Tip. Seara Nova, 1934. 151-189.
- Van Deusen, Edwin H. “Observations on a Form of Nervous Prostration (Neurasthenia) culminating in Insanity”. *The American Journal of Insanity* 25, 4 (1869): 445-461.
- Zenith, Richard. “Fernando Pessoa’s gay heteronym?”. *Lusosex: Gender and Sexuality in the Portuguese-Speaking World*. Eds. Susan Carty Quinlan y Fernando Arenas. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2002. 35-56.
- _____. “O meu coração... um pouco maior que o universo inteiro”. *Tabacaria* 13, (2004): 114-131.